

—Dijeron que (la joven  
A quien amábais, muerta)  
Viajábais al acaso,  
La pena a distraer,  
¿A confundir con otro  
El corazón acierta  
Un delicado afecto  
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,  
Y en su ataúd mirando  
A la adorable joven  
De quien habláis, creí  
Que el corazón quedase  
A todo afecto blando  
Cerrado, y goces nuevos  
No hubiese para mí.

Pero de vida el germen  
Que de verdura cubre  
Después de pocos años  
La lava del volcán;  
Que en mayo resucita  
Las flores que en octubre  
Sobre el estéril suelo  
Deshoja el huracán,

Hizo que en mí naciera  
Un nuevo sentimiento  
De amor y de esperanza,

Y que a su pura luz  
Viera más bello el mundo,  
Más claro el firmamento;  
Hizo que a mí tornase  
La antigua juventud.

Sí: en el cantar del ave,  
Del viento en el arrullo,  
Del órgano que ensalza  
La majestad de Dios  
En el solemne acento,  
Del agua en el murmullo  
Grato, sólo percibo  
De una mujer la voz.

Bella la ven mis ojos  
Del alba en la luz pura,  
De sus flotantes nubes  
De ópalo al través:  
La estrella solitaria  
Que en el zenit fulgura,  
De su pupila hermosa  
Reflejo débil es.

Y esta mujer amada,  
Flor de inmortal perfume,  
No en las visiones gira  
Del joven soñador;  
Existe aquí, y el fuego  
Que mi ánima consume

¡Oh Diana! es ya del hombre  
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo  
La adoraré callado,  
Como al Señor se adora  
En el cristiano altar:  
Mil siglos viviría  
Ante ella prosternado:  
Para adorarla, un día  
Fuera la eternidad!

Si alguien llegara entonces  
A pretender su mano,  
Yo le destrozaría  
Con ciego frenesí;  
Mas si le amaba ella,  
Siendo mi furia en vano,  
Quedárame el recurso  
Postrero de morir.

—Carlos, callad!— Oidme:  
A esa mujer tan bella  
Os parecéis, Diana,  
En ojos, risa y voz.  
Tenéis sus trenzas de oro;  
La edad tenéis de ella,  
Y ella por nombre tiene  
DIANA COMO VOS.....

—Silencio, Carlos!... ¡vienen!  
¿Oís en la espesura  
Leve rumor de pasos?—  
Cesó apenas de hablar,  
Cuando entre la verdura  
Del bosque aparecieron  
Dos hombres que a Diana  
Empiezan a llamar.

*Fernando.*—Diana, hermana mía,  
¿Tú, como siempre, buena?

*Diana.*— Tal como tú, Fernando,  
¿Vos, Álvarez, aquí?.....  
¡No os esperaba!

*Álvarez.*— ¡Es cierto!  
Y el gozo me enajena  
Al ver que habéis un joven  
Que os acompañe así.

No bien oye Diana  
De este hombre el rudo acento,  
Cuando su rostro cubre  
Extrema palidez:  
Su brazo Álvarez toma  
Con brusco movimiento,  
Y del extenso parque  
Caminan al través.

Envuélvelos la noche  
Con su impalpable manto:

Las luces de la quinta  
Tras las ventanas ven:  
Álvarez y Diana  
Van conversando en tanto,  
Y Carlos y su huésped  
Pláticanse también.

*Álv.*— Diana, o yo me engaño,  
O el tiempo no perdéis,  
Pues departiendo a solas  
Con un galán aquí  
Os veo a mi llegada;  
Y eso que bien sabéis  
Que vuestra linda mano  
Fué destinada á mí.

Me explicaréis.....

*Dian.*— Sin duda  
Se trata de asustarme  
Como a inocente niña  
Con tal severidad;  
Pero os diré que nada  
Tengo que reprocharme  
En esas relaciones,  
Hijas de.... la amistad.

Amigo es de mi padre,  
Carlos: si a él me entrega,  
Será porque confía  
Sin duda en su honradez;

Y si esta confianza  
Al corazón os llega,  
De ella los motivos  
Yo daros no podré.

*Fern. (a Car.)*—¡Cómo! ¿partir tan presto?  
No: vuestra compañía,  
Os lo aseguro, Carlos,  
Nos hace falta aquí:  
Noche con noche baile  
Tendremos, y de día  
Siempre a cazar iremos:  
Conque ¿os quedáis? Decid.

Sé que abrigáis pesares  
Que os roen las entrañas,  
Y el cuento de esa joven  
Que amábais y murió;  
Pero creed, *mio caro*,  
Que todas son patrañas  
En este mundo pícaro,  
Y que de amor los males  
Se curan con amor.

*Dian. (a Álv.)*—Pues la ocasión ahora  
Se me presenta, os digo  
Que yo no puedo amaros,  
Y que jamás podré:  
Seréis para Diana

Siempre el mejor amigo,  
 Pero el esposo, nunca.  
*Álv.*— Sincera sóis a fe!

*Fern. (a Car.)*— Como os decía, Carlos,  
 Lo que pasó, al olvido:  
 Haced lo que este Álvarez,  
 Que es un volcán de amor.

*Car.*— ¿Ama a Diana....?

*Fer.*— Presto  
 Se casan.... mas ¿se ha ido  
 Carlos?... está demente:  
 Lo juro por quien soy!

## IV.

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse a  
 una joven de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.  
 —Sus tramas.

De la silenciosa noche  
 Sonaban las altas horas  
 Que, despierta, oye Diana  
 En el reloj de su alcoba.  
 En blando sofá de cerda  
 Tendida apenas reposa,  
 Que por un mar de inquietudes  
 Su ánima inocente boga.  
 Su vista lánguida fija

En las pinturas hermosas  
 Que las paredes de estuco  
 De su habitación decoran,  
 O en la tranquila bujía  
 Que luz mortecina arroja,  
 O en el techo artesonado,  
 O en la labor de la alfombra,  
 Y nada ve; con ideas  
 Tristes o gratas memorias  
 A la sazón ocupado  
 Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho  
 Que a medias cubre vistosa  
 Cándida tela plegándose  
 En columnas de caoba.  
 Veneciano espejo, puesto  
 Sobre la mesa marmórea,  
 Retrata el jarrón de flores  
 Que sobre el tallo se doblan.  
 El cortinaje de seda  
 Dejando en completa sombra,  
 Por la entreabierta ventana  
 Que da al jardín, misteriosa  
 Entra la luz de la luna  
 Que los cristales transforman,  
 Heridos por ella, en tejo  
 De plata bruñida. Formas,  
 Movimiento, de ambas luces  
 Al desigual brillo cobran,

Trazados por el artista  
 En seis láminas valiosas,  
 Los personajes que Byron  
 Hace vivir en sus obras,  
 A los poetas modelo,  
 Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten  
 El ánimo de la hermosa  
 Que, ajena al sueño, se entrega  
 A sus delirios a solas.  
 En la riqueza criada,  
 Con su beldad orgullosa,  
 Amada de sus parientes,  
 Las horas una tras otra  
 Para ella transcurrieron  
 Gratas y veloces todas.  
 Era modesto capullo,  
 Alba que tímida asoma:  
 Hoy para la flor se acerca  
 De los perfumes la hora:  
 Presto un día esplendoroso  
 Ilustra la excelsa bóveda.  
 Ama a Carlos, sin que acaso  
 Ella misma lo conozca,  
 Porque las pasiones siempre  
 Terreno ganan incógnitas.  
 Recordando los sucesos  
 De la tarde se acongoja,  
 Pues al retirarse Carlos

Ni siquiera saludóla.  
 Sin duda al verla con Álvarez  
 En plática misteriosa,  
 Creyó que los dos se aman  
 Y que Diana es su novia;  
 Y no hay tal, que si a su padre  
 La tiene pedida, sobra  
 Con que no le ame Diana  
 Para que se agüe la boda:  
 O bien del amor antiguo  
 Las llamas ocultas brotan,  
 Que, si el ídolo está muerto,  
 Es inmortal la memoria.  
 ¡Cómo está última idea  
 Su amante pecho destroza!  
 Porque, forzoso es decirlo,  
 Diana a Carlos adora.  
 Por un capricho infantil  
 Que su inexperiencia abona,  
 En aquel instante mismo  
 Hallarse pretende a solas  
 Frente a la pieza que habita  
 El joven, por si ver logra  
 (Sabiendo que hasta muy tarde  
 Suele éste leer) su sombra.  
 Contigua a la de Diana  
 La alcoba está que las otras  
 Hermanas habitan: quiéne  
 Saber si duermen: llámolas  
 En voz baja: «Guadalupe!

Ángela! Gabriela!».... Ahoga  
 Su respiración y aplica  
 El oído.... «duermen todas»  
 Dice: al corredor se lanza:  
 Su pie el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,  
 Sin atar las trenzas blondas,  
 Por el corredor que alumbra  
 La luna al Ocaso próxima,  
 Se adelanta: quien la viese  
 Tomara su esbelta forma  
 Por un rayo de aquel astro,  
 Si el ruido de la ropa  
 Que arrastrando levemente  
 Va en su marcha misteriosa,  
 La realidad no le hiciera  
 Conocer. —Pero a muy corta  
 Distancia della elevóse  
 Bulto de apariencia torva  
 Que camina, si camina  
 Ella, o sus pasos acorta  
 Si se detiene.... Tras ella  
 Siempre, parece su sombra;  
 Y no le ha visto Diana,  
 Que ya en la reja se apoya  
 De la ventana de Carlos,  
 Llena el alma de zozobra.  
 Las cortinas por olvido  
 Están plegadas ahora:

Iba a retirarse y quédase,  
 Que a Carlos divisa y nota  
 Que, hacia la mesa inclinado,  
 Ve de pincel linda obra.  
 Encima de la carpeta  
 Do sus papeles coloca,  
 El retrato de una joven  
 Tiene. De la fresca rosa  
 En sus cabellos prendida  
 Contrastan las tintas rojas  
 Con la palidez ligera  
 De su semblante: en su boca  
 Vaga inefable sonrisa:  
 Como un ángel es hermosa,  
 Y absorto la mira Carlos  
 Con expresión melancólica.  
 Suspira, y Diana exclama:  
 «No es por mí: fué por la otra.»  
 A la vidriera sus ojos  
 Alza Carlos.... Temerosa  
 De haber sido descubierta,  
 Se retiraba a su alcoba,  
 Cuando, al ir pasando frente  
 A una escalera, la sombra  
 Que antes la seguía, dijo:  
 «Muy buenas noches, señora.»  
 Lanza grito involuntario,  
 Al cuarto llega medrosa,  
 Y oye, temblando, la voz  
 De su madre que la nombra: